

nía, ascendiendo y descendiendo, se irradió á torrentes y lo llena todo. Los prados, las encrespadas cimas y los profundos valles, las suaves lomas y los tranquilos remansos, los ríos, las cascadas, las fuentes y los arroyos, los pomposos ramages y las pequeñas yerbas, el águila y el gorrión, la mariposa y la mosca, la flor y la ortiga, el hombre y la fiera... todo siente palpitar la misma sávia, la misma luz, al mismo calor, la misma expansión de la vida.

NOMEN.

DON QUIJOTE

(Conclusión.)

No de un solo golpe llegó Cervantes á la perfección de semejante tipo. Siéntese que lo concibió en una carcajada y que lo terminó con una sonrisa lastimera. En la primera parte del libro el poeta maltrata cruelmente á su héroe, le arrastra en pendencias innobles, le impone indignos tratamientos. Si nunca altera su pureza moral, lo mancha físicamente. Dan deseos de desgarrar la página en que D. Quijote y Sancho vomitan uno sobre otro el antídoto infecto que acaban de tomar: el libro queda salpicado de él. Pero muy pronto el artista se prendó de la creación y la depuró y la perfeccionó en todos sentidos. Cuanto más adelanta en su romántica campaña más crece D. Quijote en honor, en magnanimidad y en justicia. Bórranse por grados los grados burlescos que atormentan su nobilísimo perfil; sus intervalos lúcidos se aproximan; días enteros pasan sin accesos. En esos momentos os parecería ver á Alfonso el Sábio recorriendo la tierra de Castilla para reformar las leyes y pronunciar sentencias.

El mismo Sancho se desbasta á fuerza de arrastrar detrás de D. Quijote sus cortas piernas y su abultada panza. Como la arcilla del poeta persa, viviendo al lado de esa flor de elegancia y de caballería, concluye por impregnarse en su perfume.

Su recto sentido rústico se une sin desigualdad á la idealidad de su amo, y de esta mezcla salen diálogos de una sabiduría incomparable. Desde la segunda parte del poema decrecen visiblemente la glotonería y la grosería de Sancho; su adhesión á su amo se fortalece con los golpes y se purifica con los ayunos. Lo ama por su misma locura, cuya grandeza percibe vagamente. El criado codicioso se transforma en escudero desinteresado y fiel. «Conozco—dice él á la duquesa—que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi ma-

landanza: no puedo más; seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón.»

La ínsula prometida llega al cabo, y cuando Sancho la ocupa, su educación está hecha: la bestia se ha convertido en hombre: una partícula del alma de D. Quijote anima desde entonces su basta naturaleza. Sancho juzga como Salomón y como Haroun al Raschid, y la sabiduría de Oriente habla por su boca.

La simpatía creciente que inspira D. Quijote redobla la piedad que escitan los chascos que le dan. Los yangüeses que lo apalean están en su derecho, puesto que los ataca; pero los ingeniosos y los grandes señores que le escarnecen con el único fin de divertirse, sublevan el corazón. Ese populacho vestido de seda cae por debajo del populacho androjoso. Indigna ver al caballero encerrado en una jaula como un animal que se enseña en la feria, por un cura pedante y un barbero chistoso. Se desprecia á ese duque y á esa duquesa hipócritas que lo traen á su castillo para entregarlo á las risotadas de las dueñas, á las malicias de las camareras y á los chistes de los lacayos. La parte más dolorosa del libro es sin duda aquella en que D. Quijote sirve de juguete á esos aguiluchos de provincia que lo ponen en escena como un gracioso. Se recuerda á Sansón llamado ante los filisteos «para que los hiciera reir,» y aplastándolos bajo las ruinas de su templo. Sansón dijo: ¡muera yo con todos los filisteos! Se inclinó con fuerza; el edificio cayó sobre los príncipes y sobre todo el pueblo que allí estaba, y los que mató al morir eran mas numerosos que los que había hecho morir durante su vida.

Como la fuerza volvió en aquel momento al juez de Israel, querríase que el héroe de la Mancha recobrara entonces su razón y que cayera espada en mano sobre los *filisteos* que le escarnecen, como hace, con menos razón, sobre los muñecos de maese Pedro.

Por lo demás, Cervantes ha castigado á la duquesa por su conducta para con D. Quijote. Cuando ella, al caer de la tarde, montada en la blanca hacanea, con el azor en la mano, y semejante á «la misma bazarria» se presenta en el libro, hechiza y deslumbra. Pero la indiscreción de una dueña nos revela que esta Diana cazadora tiene dos fuentes en las piernas, y D. Quijote es vengado. ¡Qué melancólico desenlace termina la arriesgada odisea! D. Quijote ha sido vencido por el bachiller disfrazado de caballero de la Blanca Luna: para cumplir las condiciones del combate debe volver á su aldea y renunciar á la caballería.

Pero su alma se rompe con su espada; al abdicar su sueño, se despide de la vida. «¡Adiós!—podría él exclamar con el Oteló de Shakespeare—ahora, para siempre adiós á las tropas empanachadas, á las grandes guerras que hacen de la ambición una virtud. ¡Ah! ¡adiós al corcel que relincha y á la estridente trompa! ¡Adiós á la bandera real y á toda la belleza, el orgullo, la pompa y el aparato de la guerra gloriosa! ¡Adiós! la obra de D. Quijote ha terminado.» Su obra, con efecto, ha terminado.

Exonerado de su misión ideal, D. Quijote debe morir. Con su armadura se quita su arrogancia; se arrastaa por los caminos que poco antes recorría con la actitud de un señor de horca y cuchillo. De caballero andante, hélo convertido, como él dice, en «escudero pedestre.» Ahora bien; Don Quijote, desmontado de Rocinante, es un centauro mutilado. Los puercos le pasan por encima sin irritarlo. Déjalos estar, amigo,—dice á Sancho—que no quiero acuchillarlos, que esta afrenta es pena de mi pecado y justo castigo del cielo es que á un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas y le hollen puercos.» La disminución de su tortura es el presagio de su fin cercano; ya no toma las ventas por castillos: ¡síntoma funesto! ¡malum signum! ¡malum signum! como dice él entre dientes, cuando al reentrar en su aldea lo hiere en el corazón este grito de un muchacho. «¡Te juro que no volverás á verla!» Así Dante, en la *Vita nuova*, ve en sueño sombras desconsoladas que pasan gritando: «¡Tu admirable dama ha salido de este siglo!» Por diferente que sea su estructura, los grandes libros, como las montañas, tienen de esos ecos que se contestan al través de los siglos. Dulcinea y Beatriz, bajo formas diversas, son hijas del mismo sueño, fantasmas del mismo ideal.

«Está bien; silencio, hijas mías,» responde Don Quijote á la acogida bulliciosa que le hacen su sobrina y el ama. «Llebadme al lecho, que no me siento bien.» Se duerme, y al despertarse despierta también del sueño de su vida. Curado de su locura, cae enseguida mortalmente enfermo. El sonámbulo á quien despierta un sobresalto se desliza del tejado por donde alas invisibles lo llevaban y se estrella contra el empedrado ó contra el suelo. Así D. Quijote, precipitado desde lo alto de sus visiones al mundo real, no sobrevive á su caída. El entusiasmo era el aceite que alimentaba su cuerpo desecado: en el momento que le falta, espira. La mofa que lo ha perseguido durante toda su vida no lo suelta en su lecho de muerte. El cura y el bachiller quieren todavía chasquear su última hora con las visiones de la caballería; pero D. Quijote les tapa la boca con una dulce firmeza: «Déjense burlas aparte, y tráiganme un

confesor que me confiese.... Vámonos, señores, poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño; yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el bueno.»

Y entrega su grande alma á la razón, que le vuelve bajo las facciones severas de la muerte, como entregaría su espada á un enemigo victorioso.

En la Grecia antigua, cada isla, cada comarca, tenía un Dios especial, guerrero ó rústico, agrícola ó marítimo, hecho á la imagen del país y modelado sobre el carácter de sus habitantes. Esta divinidad indígena lo llenaba con su presencia y con su influjo. Sus estatuas surgían á cada recodo del camino, sobre cada eminencia de colina; su leyenda estaba mezclada á la historia, sus oráculos llenaban los astros; en todas partes se respiraba su aliento en el aire.

Ideal imaginario como los dioses de la Grecia, Don Quijote como ellos, ha tomado posesión del país que le engendró; se ha hecho el genio del lugar. Su largo espectro no abandona al viajero que recorre las dos Castillas y la Mancha. La aridez de las pardas llanuras recuerda su flacura; el áspero perfil de las rocas que erizan el estrecho sendero de las sierras reproduce vagamente su anguloso rostro; la España y D. Quijote parecen calcados uno sobre otro. Se espera verlos salir de cada nube de polvo en pié sobre los estribos de su caballo trashijado; no hay molino que, al mover sue aspas, no parezca retarlo.

Por la tarde se busca su lanza en los rincones oscuros de las posadas, en donde hurañas maritornes os sirven el jamon rancio ó el vino oliendo á cuero que regocijan sus sobrias comidas; se cree reconocer su estrambótico perfil en las sombras que trazan en la pared el candil famoso; y parece que, al separar las cortinas de sarga del lecho destrozado á donde os conduce vuestra hospedera, vais á encontrar incorporado en la cama á D. Quijote, fija la vista, erizado el mostacho, vendado el rostro, embozado en su frazada de pliegues de mortaja, tal cual se apareció á Doña Rodríguez, ó mas bien, tal cual reposa el campeador sobre su escaño sepulcral.

«En San Pedro de Gardeña está el Cid embalsamado, el vencedor no vencido de moros ni de cristianos.

Por mando del rey Alfonso, en su escaño está sentado, su noble y fuerte persona de vestidos arreado.

Descubierto tiene el rostro de gran gravedad dotado;

su blanca barba crecida
como de hombre estimado.

La buena espada tizona
puesta la tiene á su lado;
no parece que está muerto
sino vivo y muy honrado.» (1)

PAUL DE SAINT-VICTOR.

PAISAGE

En la margen sentado
contemplo la feliz naturaleza
mientras el manso arroyo
sus tersas ondas á mis pies destrenza.

Mariposas y pájaros
en torno mio y á bandadas vuelan,
y la brisa me trae
un raudal de perfumes que me besan.

Las ramas de los árboles
me rozan columpiándose ligeras,
y cánticos lejanos
me arrullan vagamente y me enajenan.

En tanto mis miradas
se pierdan á lo lejos de luz llenas
y en el vasto horizonte
del Ideal la silueta encuentran.

J. M. F.

FANTASIA

La tradición ha llevado hasta nosotros la historia de animales que hablaban, desde la serpiente del Paraíso hasta la burra de Balaam.

Si los primeros fabulistas atribuyeron á los animales, el don de la palabra, es evidente que debió de haber un tiempo en que los animales hablaron.

Hé aquí, pues, por qué estando yo un día echado en una esplanada abierta en medio de un bosque, ví llegar hácia aquel sitio animales de toda especie, como si trataran de reunirse en concilio.

El elefante, presidente por su mayor edad, resumió brevemente la cuestión que obligaba á reunirse á los irracionales.

—Animales, hermanos míos, — dijo — habeis sido convocados para resolver la gran cuestión de la inmortalidad del alma. El más cruel, el más sanguinario de los séres, el hombre, pretende que

todo muere con nosotros, mientras que él se reserva el privilegio de sobrevivirse.

Dice que el alma humana es inmaterial por naturaleza é inmortal por sus destinos.

Convenido: quiero creerlo, pues de otro modo sería verdaderamente injusto que este déspota de la creación no hallase en otra vida el castigo de sus excesos y de sus crímenes.

Uno de los escritores más pretenciosos de la especie humana, un hombre llamado Fenelón ha dejado escrito lo siguiente: «Lo que guía á las bestias es el instinto; pero este instinto es una capacidad que no reside en la bestia misma, sino que procede de la sabiduría superior que lo conduce.»

Así veis, pues, que el hombre, al negarnos el alma nos concede la superioridad de ser constantemente guiados por una *sabiduría superior*.

Haré observar de paso que los hombres queriendo agregar un epíteto glorioso al nombre de Fenelón, le llamaron el *Cisne*. Casi siempre dan ellos nombres de animales á las personas que se distinguen: Bossuet, águila de Meaux; Ricardo, corazón de leon, etc., etc. De una joven inocente y pura dicen: «Es una paloma». Un hombre pacífico, «es un cordero»; hay otros que son «hormiguitas para su casa». En una palabra, siempre viene á tomar entre nosotros los buenos ejemplos....

Mas para no alejarnos demasiado del objeto de nuestra reunión, concedo la palabra á todos los que crean en la inmortalidad de su alma y quieran dar explicaciones sobre este punto.

La abeja.—Nosotras formamos por cuenta propia una sociedad completa. La abeja obrera representa el pueblo, la fuerza viva de la nación. La reina no sirve mas que para la incubación; se la alimenta convenientemente; cumple su destino á las mil maravillas, nunca contrae empréstitos y jamás muere estrangulada.

Desde la salida del sol hasta su ocaso todo es actividad alrededor de la colmena. Centenares de obreras llegan cargadas con su botín, y otras tantas parten con igual objeto. Las que están de centinela exploran los bagajes de las recién llegadas, y mas lejos hay otras que cuidan de separar todo lo que pudiera ser obstáculo á la circulación.

Nosotras sabemos construir, edificar, y distribuir convenientemente las habitaciones. Tenemos el don de la economía y de la previsión, y puesto que es preciso decirlo todo, tenemos también lances de honor y guerras civiles. Superiores, sin embargo, á la raza humana, cuando en una de nuestras ciudades hay sobra de población, sabemos contarnos, y un nuevo enjambre sale para fundar en distinto punto otra colonia próspera y floreciente....

(1) «Romancero general.»—Romance 905.—Anónimo.